
I

Era una noche de rocío, friolenta, como de otoño. El silencio también resultaba insólito: no se oían los estruendos y el fragor que trajo la guerra al otro lado del Bésiadz.

Las extenuadas unidades de la 55ª División, provisoriamente adjuntas al 13º Ejército, defendían la orilla del Sozh entre Propoisk y Krítchev en combates ininterrumpidos; a mediados de agosto cruzaron el Bésiadz, un río pequeño al sudeste de Bielorrusia, y retrocedieron hacia el pueblo de Strugovskaya Buda. Allí tenían preparada una nueva línea de defensa. Casi un mes seguido las mujeres y los jóvenes que no alcanzaron la edad del servicio militar iban desde Veremeiki a cavar trincheras y un foso antitanque. Al principio los llevaban hasta la aldea Latoka, más allá de Babínovichí, pero unos oficiales llegaron en coche vaya a saber de dónde y dieron la orden de parar el trabajo. Entonces los excavadores se subieron a los camiones del koljós que aún no habían sido confiscados para el Ejército y se los llevaron a las afueras de Strugovskaya Buda. Desde allí los koljosianos regresaban después de una semana, trabajaban por turnos, y las mujeres aseguraban que si los nuestros — ¡no lo quiera Dios! — no detienen a los alemanes en el Sozh,

pues más allá del Ipút, el segundo afluente grande del Sozh, no pasarán de ninguna manera: allí han revuelto tanta tierra y han metido tantos troncos en la arena que ni el mismo diablo los podrá desembrollar. Mientras combatían en el Sozh, la gente no perdía la esperanza de que en realidad no dejarán pasar a los alemanes y Veremeiki se salvará de tal desgracia. Decían que en la guerra anterior, en la primera mundial, los germanos no lograron cruzar el Bésiadz por aquí. Pero a fines de julio aparecieron los primeros refugiados: los judíos de Babínovichi. Y una semana después los veremeiqueños vieron que dos tractores de orugas remolcaban por el camino arenoso de Biélaya Glina un cañón enorme: un tractor llevaba el tubo y otro la cureña. De largo alcance, murmuraban entre dientes los más perspicaces; si sacan los de largo alcance del frente, quiere decir que retroceden. Repentinamente y sin comentarios, la gente se puso a enterrar todo lo que tenía de valor.

A principios de agosto Rodión Chúbar, presidente del koljós, convocó la última asamblea general. De los poblados Mamónovka y Kuligáievka, que formaban parte del koljós veremeiqueño en calidad de brigada, vino solamente el veterano de la junta directiva, Sídor Rovniaguin. Entonces Chúbar mandó un recado a Mamónovka para que viniera el manco Bajañok; desde Krutogorie, la cabeza del distrito, llamaron por teléfono con la orden urgente de arrear las vacas que quedaban en los pastoreos del koljós hacia el Este. El rebaño principal, de ciento cincuenta cabezas, se lo llevaron antes. De arreadores fueron el vicepresidente del koljós, o sea el ecónomo Denís Zaziba, y dos koljosianos que por el momento no eran pasibles de ser movilizados, Iván Jajol y Mikola Ratséyev. Según la orden, las vacas restantes debían ser arreadas en la misma dirección, por Karátchev hacia Jatínichi. Apenas

Bajañok se enteró para qué lo habían llamado a Veremeiki, trató de rehusarse, incluso soltó una lágrima gesticulando con la manga vacía. Pero Chúbar insistió en las suyas, y el manco se vio obligado a prepararse para el camino. Arrearon el rebaño el domingo al atardecer. Las vacas parecían sentir el camino que las esperaba, mugían lastimosamente, inquietando la aldea, y al pasar por la calle trataban de meterse en cualquier solar que tenía el portón abierto. Chúbar en persona ayudaba a echarlas, empujándolas con la culata del fusil, regañaba a voz en cuello a las mujeres que suplicaban dejar aunque sea las terneras y expresaban su incertidumbre. Chúbar, todo enojado, les explicaba que había recibido una orden del distrito y no tenía el derecho de dejarle los bienes koljosianos al enemigo. Al fin de cuentas el rebaño salió a las afueras de la aldea, y Bajañok con su varita de abedul en la mano lo arreó por el camino a Gutka. Dos días después regresó a la aldea Denis Zaziba. Iván Jajol y Mikola Ratséyev no volvieron con él, se fueron directamente al punto de reclutamiento de Jatínichi.

Zaziba regresó a la aldea indispuerto: durante el camino de vuelta a Veremeiki, todo sudado, bebió agua fría en abundancia, y se le congestionaron las encías y la garganta. Cuando vino vino a verlo el presidente del koljós, Denis Zaziba estaba acostado en la espaciosa cama de madera. Tenía un aspecto evidente de enfermo.

Dejando su fusil en el rincón, entre la estufa y el umbral, Chúbar le preguntó con tono intencionadamente animoso:

— ¿Pues cómo marchan las cosas?

María, la esposa de Denis Zaziba, arregló a los pies del marido la colcha rústica tejida a rayas y salió en silencio de la habitación. Ella siempre se iba cuando Chúbar venía a verlos.